

Una mirada a la presencia feijoniana en América

ALBERTO ORTIZ
Universidad Autónoma de Zacatecas

Resumen

Una de las respuestas que suscitó la obra del Padre Feijoo proviene del mundo novohispano. En 1760, se publica la segunda carta que Francisco Ignacio Cigala le dirige para censurar su postura moderna, sobre todo en cuanto al uso del método escolástico empleado en las universidades. Subyace un reclamo dado el anhelo criollo por ocupar escaños culturales, cierto resentimiento personal debido a que el ilustrado español no respondió su primera carta, y un intento por debatir, aunque sea tomando como pretexto un detalle temático, con quien representa la avanzada del pensamiento español del siglo XVIII. El texto de Cigala es una muestra del interés americano por reconocer y resistir la avanzada de las ideas modernas, ponderando las virtudes del método escolástico, mediante un reclamo a la Ilustración representada por Feijoo y una actitud defensiva frente a la época y sus nuevas percepciones científicas e ideológicas.

Palabras clave:

FRANCISCO IGNACIO CIGALA. FEJOO. HISTORIA DE LAS IDEAS.

CES.XVIII, núm. 14 (2004), págs. 139-156.

Pero sea, cuanto quisiere mi desproporción: la reconoceré humildemente; pero me hago mucha fuerza, y no puedo acabar de persuadirme, a que sea menor la de V. Ilma., respecto de todos los Escolásticos, cuya Filosofía no sólo impugna; sino que ridiculiza, con el mayor vilipendio, siendo así, que no supieron otra los Albertos, los Tomases, los Buenaventuras, los Suárez, los Escotos, y otros innumerables Doctores Católicos, tanto mayores, que Leibnitz, cuanto va de la Sabiduría del Cielo a la de la tierra, por no decir a la del Infierno. Francisco Ignacio CIGALA, Cartas, págs. 100-101.

1. Introducción

Es posible distinguir varias cosas en una carta, a saber: la sujeción o distancia que el autor demuestra en el uso del género epistolar, las ideas o contenidos que expresa mediante la epístola; su nivel de impacto para con el destinatario (que depende de cierto conocimiento de sus ideas y su vida) las estrategias o recursos lingüísticos y literarios que, a partir de su propia preparación y estilo expresivo, utiliza con artificio o sin él, y por último dada la alocución, se supone un contexto dialógico en el cual la carta y la respuesta del interlocutor (cualquiera que ésta sea y bajo cualquier forma) se reconoce sólo en el intercambio y la concatenación de hechos que limitan, extienden o suspenden el diálogo en correspondencia¹.

Durante la Ilustración, la carta, como recurso de comunicación y presencia literario-ideológica mantiene una preferencia interesante. Muchas importantes figuras escribieron cartas que luego se publicaron, independientemente de si fueron escritas con ese objetivo o no.

En América, la carta de la época tomó tintes revolucionarios: la *Carta a los españoles americanos* de Juan Pablo Viscardo y Guzmán; la *Carta persuasiva [...] sobre asunto de escribir la historia literaria de la América Meridional* de José Eusebio Llano Zapata y la *Carta de Jamaica* de Simón Bolívar; ejemplifican esto, a decir de Hachim Lara.

De esta manera llegamos al texto que nos interesa presentar. Se trata de la segunda carta que Francisco Ignacio Cigala dirige a Benito Jerónimo Feijoo, cuya publicación se registra en 1760, salida de la imprenta de Juan Joseph Eguiara

¹ Véase «La *Carta a los españoles americanos* (1791) del Abate Viscardo y la tradición crítica en América» en LUIS HACHIM LARA, *Tres estudios sobre el pensamiento crítico de la ilustración americana*, Santiago de Chile, Universidad, 2000, Cuadernos de América sin nombre. De entre los tres estudios de Hachim Lara, éste da cuenta del papel que jugó la carta como género de proclama del intelectual ilustrado americano, contra la presencia europea, sobre todo se enfoca al uso político en la lucha de independencia.

y Eguren². Es la única epístola que se conoce de tal autor, a pesar de que por el título y por él mismo sabemos de una primera que envió al benedictino, ésta nunca se publicó y, si existió una tercera, no la conocemos.

Beristáin de Souza lo incluye en su obra con una breve nota biográfica, indica seis puntos importantes que Cigala trata para impugnar al español, aunque se equivoca al notificar que la carta está dedicada a Carlos III; cita textualmente la décima en castellano que «alguien» dedicó a Cigala y el epigrama en latín que el jesuita poblano Ignacio Paredes le escribiera con motivo de la edición³.

Gracias a Beristáin sabemos que Francisco Ignacio Cigala nació en La Habana, Cuba, estudió con franciscanos y luego vino a tierra continental hasta establecerse en Tehuacán, donde se dedicó al perfeccionamiento de trapiches y la siembra de la caña de azúcar. Algunos de estos datos se confirman por el propio autor en el transcurso de su carta, además aporta otros respecto a sus estudios, inquietudes y trabajo.

2. Referencias al texto

Dos estudiosos del pensamiento y la cultura novohispana han escrito respecto a Cigala y su obra: Pablo González Casanova y Mauricio Beuchot Puente. El primero discute y compara la obra del cubano con otras de la época, presentándola como una de las respuestas o reacciones frente a las ideas ilustradas⁴. Establece la desigualdad de condiciones para la competencia intelectual entre ideólogos europeos y americanos, así como la influencia de España, el elitismo cultural, la intrascendencia de las obras, los problemas de censura, edición, difusión y recepción, los ánimos polemistas y la polarización de las ideas en la Nueva España; que a su parecer no dejaban de ser «provincianas». Llama

² El título completo es: *Cartas al Ilmo. Y Rmo. P. Mro. F. Benito Jerónimo Feijoo Montenegro, que le escribía sobre el Teatro Crítico Universal, Francisco Ignacio Cigala, americano. Quien las dedica a las universidades de España, y de la América. Carta Segunda. Con licencia. En la Imprenta de la Biblioteca Mexicana. Año de 1760.* (La ortografía se ha modernizado y en adelante se seguirá el mismo criterio para las citas y referencias a la obra. No es el caso de los poemas transcritos, los cuales se transcriben a la letra por sentido literario). El ejemplar consultado forma parte de la Biblioteca de Colecciones Especiales «Elías Amador» y tiene el ex libris de la Librería del Colegio Apostólico de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas.

³ José Mariano BERISTAIN DE SOUZA, *Biblioteca Hispano Americana Septentrional o Catálogo y noticias de los literatos que o nacidos o educados, o florecientes en la América Septentrional Española, han dado a luz algún escrito, o lo han dejado preparado para la prensa. 1521-1825*, Volumen segundo, México, Ediciones Fuente Cultural, págs. 111-113.

⁴ Pablo GONZÁLEZ CASANOVA, «Dos reacciones contra la Ilustración: Coriche y Cigala» en *El misonetismo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII*, México, El Colegio de México, 1948, págs. 103-129.

«papel curioso» a la segunda epístola de Cigala, apreciándola como una mera tentativa de discutir las nuevas propuestas filosóficas y literarias⁵.

González cita los datos biográficos del autor que se conocen a través de Beristáin, indica el problema de Física que Cigala rebate a Feijoo, esto es, de si el aire es más pesado en tiempo de serenidad que de lluvia, pero subraya el hilo discursivo que de manera constante alude a las diferencias entre la filosofía escolástica y la moderna. Repara en la despiadada forma con que Cigala ataca y ridiculiza a Feijoo: «dañosa y con veneno», pero sobre todo quiere interpretar el pensamiento que lleva al cubano a enfrentarse a la fama y el genio del autor católico más conocido de su tiempo: él, como muchos americanos imbuidos en la problemática ilustrada, debieron pensar, nos aventura González Casanova que Feijoo, en tanto sujeto católico líder de opinión:

Era muy peligroso, mucho más peligroso que Voltaire o Malebranche o Diderot. Mucho más que todos ellos juntos. Era una cuña, una rasgadura, una inserción en el pensamiento español. Por más que siguiese siendo y declarándose católico [...] era un peligro mayor, superior al de todos los «hombres-diablos», al de todos los herejes juntos. Estaba resquebrajando el edificio de la iglesia, quizá sin darse cuenta. Seguramente sin darse cuenta. Pero su crítica, su sátira, su inteligencia clara eran un daño insufrible. [...] Feijoo no era un hereje y estaba muy lejos de serlo. Era un católico ortodoxo. Nadie de buena o mala fe podía demostrar lo contrario. Por eso hacía más daño. Los escolásticos mexicanos se daban cuenta del peligro [...].⁶

Como parte de su análisis este autor concuerda con la sospecha de los escolásticos respecto de una inminente ruptura entre la filosofía y la teología, a causa de la diferenciación filosófica. Define luego el estilo y las herramientas lingüísticas con las cuales Cigala denosta la modernidad y sus seguidores, califica su texto como irónico, despiadado, pretencioso, soberbio, exaltado y lleno de falsa humildad; una especie de compendio de resentimiento escolástico. Su opinión analítica de la carta incluye una acertada mención respecto al celo nacional que además de la disputa científica y la defensa a ultranza de los métodos, autores y maestros peripatéticos, se trasluce en cada argumento de Cigala para

⁵ A la par que la *Oración Vindicativa del honor de las letras y de los literatos*, del padre Cristóbal Mariano Coriche. González Casanova notifica que la obra fue impresa en Puebla en 1763 y pretendía polemizar con Rousseau. Defendiendo, como igual lo intenta Cigala, el *status quo* y la Filosofía tal como se concebía entonces en el cristianismo. Este tema también lo abarcó Feijoo en su Discurso VII, Tomo I, (1726), titulado «Desagravio de la Profesión Literaria»; si bien es otro el tratamiento.

⁶ Pablo GONZÁLEZ CASANOVA, *El misonésmo...*, págs. 117-118.

reivindicar a la escolástica. Es la lucha frente al extranjero y sus pensamientos raros e infundados, en la cual, el propio español que les presta oídos es calificado de necio.

Para González Casanova, Cigala usa la carta para, primero, comparar lo incomparable: las bondades y certezas teológicas, religiosas y científicas de la escolástica frente a la endeble impostura de la mecánica moderna; segundo, desprestigiar a Benito Jerónimo Feijoo a título personal; y tercero, corregir un aspecto de física comentado por el español.

Ahora sabemos, adelantando algunas conclusiones, que el dilema comentado en el área de la física es nimio, sirve más como pretexto para demostrar el conocimiento propio y alentar la vanidad que de apertura a las discusiones científicas de la época. Apoya también el anhelo de sostener la tradición, el orgullo de saber y pertenecer a un bando oficial y reconocido y, por tanto, negar su decadencia; y el vago sentimiento de «español puro», defensa y contención amurallada contra los afrancesados y extranjeros. Por eso el problema del peso del aire sólo se trata para apuntalar el descrédito que se propone.

Francisco Ignacio Cigala reitera y quiere proclamar que, dada la inconmensurable «superioridad» de una doctrina ante la otra, a tal grado que un «oscuro trapichero» y americano para mayor diferencia puede enmendarle la plana a un pensador de la talla de Feijoo, ¿qué no podrán hacer contra la filosofía moderna los padres versados y reputados en la escolástica?

En Mauricio Beuchot encontramos un comentario mesurado⁷: abre su breve análisis con los datos bio-bibliográficos de rigor y se adentra en el contenido de la carta de Cigala; considera que una de las causas de la impugnación del escolástico es la crítica a la filosofía tradicional que el padre Feijoo realiza en sus discursos, pues la interpreta como un desdoro a los españoles, españoles americanos o criollos, y sus universidades. De aquí deduce la existencia de un problema político más allá de la disputa teórica.

Beuchot califica la obra como una «prolongada argumentación» que busca la reivindicación de la escolástica (su papel como apoyo directo a la defensa de la fe católica) y de los criollos y españoles, destacando los errores de la filosofía moderna y pugnando por las virtudes de aquélla. Incursiona en los elementos principales de los contenidos de la carta, describe el manejo que su autor hace de algunos filósofos modernos y tradicionales. Asimismo destaca el amplio conocimiento que Cigala tiene de la obra y metodología de aquellos a quienes critica.

⁷ Mauricio BEUCHOT PUENTE, «La ciencia y la filosofía modernas en la carta contra Feijóo (*sic*) de Francisco Ignacio Cigala (México, siglo XVIII)» en *Tempus*, Revista de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, No. 1 (1993).

De acuerdo a las conclusiones del que comenta, la epístola contra Feijoo defiende una manera de razonar apegada a la tradición, mientras que rechaza el inexorable avance de la modernidad y sus pensadores.

Por último, Beuchot intenta equilibrar el lugar de la impugnación, que no debate porque el ilustrado beneditino jamás se dio por enterado, aclarando que el proceso de modernización del pensamiento y la cultura occidental es un asunto complejo; así, ni los escolásticos eran unos retrógrados, ni los modernos habían sido capaces de cubrir todo el espectro filosófico y científico en las nuevas propuestas metodológicas y epistemológicas; por lo tanto es comprensible que se registraran resistencias a los cambios, del tipo ejemplificado por la emotiva carta de Cigala.

Cuando la carta es editada (1760), fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro llevaba mucho tiempo de ser uno de los autores más leídos en América hispánica, si no el que más. Huelga decir que se encontraba a pocos años de su muerte, acaecida en 1764. Aventurando una suposición, ello explicaría el silencio que el padre, vecino de Oviedo, guardó para con su cuestionador americano; sin embargo, la realidad es que por decisión propia y apoyo monárquico, desde hacía muchos años atrás había tomado la determinación de no volver a enfrentar ninguna polémica.

La influencia de Feijoo es notable en los escritores españoles y novohispanos del siglo XVIII. Ya sea a favor o en contra, muchos personajes de la política, la medicina, la literatura, la filosofía y la historia, dijeron o escribieron algo de él. Cigala no fue el único.

Se atribuye al beneditino el inicio de una reacción anti-escolástica operada tanto en las colonias como en la metrópoli. A su luz, otros ilustrados se dedicaron a difundir y proponer las ideas que la modernidad desarrollaba basada en una dura crítica al sistema escolástico, la tradición, la superstición, el fanatismo, la ignorancia y las contradicciones sociales en general. Por ejemplo, a mediados de siglo circuló en la Nueva España el *Nuevo Aspecto de Theología médico-moral*⁸, una obra escrita en la península ibérica por el monje cisterciense Antonio Joseph Rodríguez, lector de Feijoo, en la que se valora la razón y la experiencia de acuerdo al nuevo léxico de la ciencia.

Además, investigadores contemporáneos como Arturo Ardao, consideran a Feijoo pieza fundamental de la filosofía en lengua española y el precursor del ensayo moderno del mismo idioma. Trabajo que se concentró en dos puntos importantes: destruir concepciones sociales equivocadas e impulsar las nuevas formas

⁸ El título completo es *Nuevo Aspecto de Theología médico-moral y ambos derechos y paradojas físico-teológico-legales*, se aprobó para su publicación en 1742.

de razonar y comprender el mundo, con lo que se consiguió el mérito de erigirse como un renovador del pensamiento hispánico⁹.

La influencia del benedictino en el mundo novohispano merece un estudio extenso.

3. Pormenores conceptuales de la carta de Francisco Ignacio Cigala

En el discurso nono, «Nuevas Paradojas Físicas», del tomo quinto del *Teatro Crítico Universal*, Feijoo intenta por segunda vez tratar cuestiones de física para descubrir falsedades que llama «paradojas». Las anteriores explicaciones se encuentran en el discurso décimocuarto, «Paradojas Físicas», del tomo segundo de la misma obra.

La organización del discurso es simple: escribe un párrafo introductorio para aclarar el tema a tratar, incluye su constante crítica a la ignorancia y a las falsas creencias, enseguida enumera las paradojas y las titula con la fórmula o expresión a su parecer errónea y a corregir mediante una serie de razonamientos, datos y referencias a experimentos científicos.

La paradoja quinta es la que Cigala impugnará, se titula «El aire en tiempo sereno está más pesado que en tiempo lluvioso». Lo curioso es que no hay una sola mención, alusión, crítica o señalamiento directamente expresado contra las enseñanzas de las universidades españolas o americanas de corte aristotélico en su método de enseñanza, mucho menos contra maestros peripatéticos hispanos o criollos; todo lo cual refuerza la hipótesis que indica el uso del texto como excusa para debatir las ideas contrarias en una transición histórica.

De hecho, el discurso feijoniano en la dicha paradoja es más bien escaso, la mayor parte de la argumentación es una traducción del francés al español de quien, según Feijoo, fue quien zanjó la cuestión física del peso del aire en tiempo de lluvia: el Barón de Leibnitz. Feijoo toma la disertación traduciendo del francés (él cita la fuente y aclara que transcribe lo que dice otro, uno de los secretarios redactores de la obra, quien a su vez explica a Leibnitz), de la *Historia de la Academia Real de las Ciencias de París*, fechada en 1711.

Esta misma argumentación, precedida de una carta breve en que se desarrolla el tema y que enviara Leibnitz al médico de Padua Bernardo Ramazzini, será transcrita de nueva cuenta por el propio Cigala. El fin es utilizar los argumentos de los demás para desacreditarlos e instalar los propios, por lo que es común que cite a Descartes, Newton o Feijoo.

⁹ Arturo ARDAO, *Filosofía de lengua española*, Montevideo, Alfa, 1963, págs. 41-45.

A pesar de que este apartado de su discurso es breve y no tiene la dimensión crítica presente en otros temas del ilustrado, a Cigala le es suficiente para discutir del tema de física en sí y de otros asuntos, hasta demostrar que no es el asunto del peso del aire lo que le molesta o le interesa, sino la diferenciación tácita entre una filosofía y otra desde un pensador católico que *debería* defender lo que, ahora sí, en otros discursos critica: el método escolástico.

La *Carta Segunda* de Francisco Ignacio Cigala inicia con una dedicatoria a las universidades, tanto españolas como americanas. Pide su anuencia para escribir del tema y publicar sus opiniones defensivas. Presume «vindicar aquella filosofía [...] para que España y Nueva España [...] triunfasen del error y de la emulación»¹⁰.

Cigala llama a Feijoo «defensor presunto de los criollos» e inconsecuente censor de la escolástica. Considera que ha dicho tanto contra ella y tan mal que, si repitiese las invectivas que ha utilizado, él mismo injuriaría a las ciencias y agraviaría a los sabios españoles si en lugar de rebatirlas las inculcara.

Este autor ironiza, lanza una indirecta que se mantendrá como mensaje latente a través del discurso total. Dice que los «nuestros maestros» seguramente prescindirán de sus cartas que intentan desagraviar las universidades «desdeñándose de descender de la sublimidad de sus especulaciones científicas a tratar tan de cerca *como era menester*, esos otros asuntos mecánicos tan embarazosos como rudos»¹¹.

El crítico de Feijoo asienta que si la filosofía mecánica o moderna, aplaudida por el benedictino, logra algún valor, será en tanto se encuentre subordinada a la escolástica. Considera que Feijoo debió promover esta sujeción. Luego le recrimina el no haberlo hecho y le molesta que antes pretenda superioridad de una sobre la otra, postura inadecuada e inaceptable.

Así que él demostrará, asegura, con los argumentos del propio *Teatro Crítico* (lo cual no es así, pues como se indicó antes, se limita a un apartado del discurso noveno del tomo quinto, tomándolo como pretexto para su reclamo) que Feijoo «incurrió en error capital de celebrar la filosofía mecánica, y despreciar la escolástica»¹². Error de principio que genera su multiplicación en todo el *Teatro Crítico*; por ello Cigala afirma que *nada atina científicamente* el autor, a pesar de su fama, ingenio y ánimo reflexivo.

¹⁰ Francisco Ignacio CIGALA, «A las universidades de España y de la América» en *Cartas...*, pág. 1. En adelante cada ocasión que se tomen palabras y frases cortas directamente del texto en cuestión aparecerán en cursivas con su ortografía y puntuación modernizadas.

¹¹ *Ídem*, pág. III. La cursiva es mía. Nótese cómo desde el principio, luego de la puya, Cigala le dice a Feijoo lo que se debe hacer.

¹² *Ídem*, pág. V.

Cigala extiende la defensa de la escolástica a su utilidad y necesidad como método de enseñanza en las universidades y, por varios comentarios alusivos, está claro que tiene compromisos sentimentales con maestros y autores que la cultivan, él mismo estuvo considerado como uno de los alumnos más aventajados en el estudio.

Un tópico importante que Cigala ampliará en el contenido, es adelantado en esta dedicatoria, se trata de su opinión respectiva a la imposibilidad de que la filosofía moderna entienda la teología, en tanto que la escolástica se yergue como el sistema *ad hoc* para su estudio. Mediante aquélla podrían explicar a la naturaleza, pero «nunca sabrían *hacer racional nuestra fe* sobrenatural, como la escolástica»¹³. Únicamente le concede utilidad posible en lo social y lo político. Concluye la dedicatoria firmando como «devoto siervo» y «humildísimo alumno». Recuérdese que las palabras están dedicadas a las universidades hispanoamericanas, no a un personaje, mecenas, noble o autoridad eclesiástica especial, como era la costumbre.

El libro contiene en seguida una carta que Eguiara y Eguren, el editor, dirige al autor. Obviamente pondera la obra, la adjetiva como «erudita», «elegante» y «hermosa». Aplauda su intención de defender a las universidades escolásticas y señala que cuando los doctores católicos afamados por eruditos superponen la filosofía moderna a la escolástica, causan daño a la Iglesia que les ha otorgado autoridad (éste es uno de los argumentos que González Casanova discute en su capítulo sobre Cigala). Cree, y cita en este caso a Melchor Cano, que oponerse a dicho sistema de pensamiento está cerca de la herejía.

También con el formato de carta, el teólogo jesuita Francisco Xavier Lazcano dictamina la dignidad y el celo con que Cigala trata la filosofía aristotélica, arma para contrarrestar «los engaños de los herejes». Opina que el abandono del aristotelismo que en su tiempo se está haciendo es la brecha por donde la herejía avanza y amenaza a la Iglesia. Debía saber de lo que hablaba puesto que a la sazón fungía como calificador del Santo Oficio.

«Desdichada será España» si las materias basadas en la filosofía del Estagirita se destierran de sus aulas, preconiza Lazcano. Por tal motivo ellos, los jesuitas, como se conoce históricamente, en su penúltima Congregación General, han restablecido su enseñanza bajo el método escolástico. Llama a Cigala «docto impugnador», alabando su método por ser directo y efectivo contra las maquinaciones de la física moderna. Concluye esperando que «esta hermosa producción» no se quede en el olvido.

¹³ *Ídem*, págs. VI-VII. La cursiva es mía. Creo importante resaltar la veda de la razón impuesta a los propulsores de la Razón y el uso doblemente paradójico de la frase, pues igual los ilustrados la podían utilizar casi como máxima. Racionalizar la fe, era una de sus preocupaciones, por lo menos lo es en Feijoo.

Sigue el parecer del reverendo padre Ignacio de Paredes, de la Compañía de Jesús: Paredes está convencido de que la segunda carta apologética de Cigala fue escrita contra Feijoo y en defensa de las escuelas. La leyó cuatro veces por gusto. Indica además el motivo principal de la carta: impugnar las ideas de los adversarios y vilipendiadores de la «Doctrina Española». Acredita al cubano por mostrar su ingenio desde niño y lo reconoce como alumno. Da el visto bueno a la publicación pues, desde su punto de vista no hay «cosa contraria» al sistema.

Se continúa con un epigrama tipo décima en latín encabezado por una retórica dedicatoria al autor:

CENSORIS EPIGRAMMA

Ad ingeniosissimum Auctorem; qui veluti solers, ac laboriosa Apis, mellifluum, ac rationabilem verè favum suo in opere Sapientibus construxit; utpotè qui inter fragrantia mella, nectareos que liquores diù jam vivit, & pascitur.

Colligis, instar Apis, succos, *Francisce*, rosarum:
 Dexter & Ambrosios consicis inde favos;
 Eximium quando profers è pectore Librum:
 Unde Minervalis nectaris unda fluit.
 Nec mirum, elicias dulces, *Cigala*, liquores:
Nam dabit Ingenium quid, nisi mella, tuum?
 Ast, Apis ad morem, condis sub melle sagittam:
 Saevaque in armatos providus arma paras.
 Aeternum idcirco vivet per saecula *Nomen*:
 Et tua non poterunt haec monumenta mori¹⁴.

El epigrama hace énfasis de la sapiencia de Francisco Cigala, lo compara a las abejas y previene la ofensiva oculta que se define en la carta. Le asegura la eternidad y en general, como se supone, realiza un panegírico de la obra y el autor.

¹⁴ Traducción libre realizada por el Maestro Antonio Núñez, a quien agradezco su ayuda:

Epigrama del censor

Al ingeniosísimo Autor; que a la manera de la fecunda y laboriosa abeja construye el melifluo y racional enjambre con su trabajo para los sabios; pues el que ahora vive entre aromáticos frutos y nectáreos licores [de ellos] se alimenta.

Recoges, a la manera de las abejas, los jugos de las rosas, Francisco; Dexter y Ambrosius forman de aquí los panales; admirable cuando sacas de tu pecho el eximio libro; de donde Minerva destila un mar de néctar; no sorprende, Oh Cigala, que produzcan dulces licores; por qué tu genio eleva mieles como el fuego? Pero a la manera de las abejas escondes un aguijón bajo la miel, y preparas una violenta arma contra las tropas armadas; por ello [tu] nombre vivirá eternamente por los siglos; y estos tus recuerdos no podrán morir.

Aparece luego un segundo parecer, esta vez de fray Félix de Castro, quien juzga y otorga la licencia de impresión sin mayor trámite u opinión, casi sólo como requisito burocrático.

Basado en el parecer de Paredes, Agustín de Ahumada y Villalón, a nombre del gobierno virreinal, otorga la licencia para la impresión de la obra. La licencia del ordinario es concedida por Francisco Xavier Gómez de Cervantes con base en el dictamen de Félix de Castro. Prosiguen las erratas, el índice de los párrafos, una décima en castellano de un amigo al autor, el prólogo, la carta segunda, o sea el texto en sí; se cierra con una posdata a Feijoo y se remata con un soneto de Francisco de Soria.

La décima referida reza como sigue:

Un Amigo del Autor en aprecio de la Obra.

CIGALA, que à solo un punto
Reduxeses tanto empeño?
Y que en libro tan pequeño
Cupiesse tan grande asunto?
Mas ya el secreto barrunto,
Quando tu lógica exploro;
Que aunq[ue] uno, y otro es tesoro,
La evidencia no recata,
Que si Feijoô escribe en plata;
Tu le has impugnado en oro¹⁵.

Esta «sospechosa» décima en octosílabos puede representar el botón de muestra de toda la obra: independiente del consabido tono epidíctico, el decir poético dista mucho de ser inocente. De suyo, ninguno lo es; pero éste en especial, dado el *leitmotiv* del autor, resulta revelador. El poeta, posiblemente el mismo Cigala embozado bajo la forma protocolaria de «un amigo», desdoblado como su propio crítico a favor, habla directamente del trabajo del defensor de la escolástica, para, a través del apoyo al asunto tratado, elevar al autor.

Dos puntos destacan de estas palabras: la brevedad del tema a discutir y por ello la enorme capacidad de síntesis de Cigala a comparación con la monumental obra de Feijoo y la aquilatación de una y otra disertación. Cierto, el padre Feijoo habla «en plata», o sea que su argumentación es buena, pero Cigala impugna «en oro», o sea que la suya es mejor; por lo tanto, el americano dice mejor las cosas en pocas palabras que el español en muchas.

¹⁵ Se ha transcrito tal cual, actualizando la /s/ larga y desarrollando las letras que aparecen en corchetes.

El prólogo, claro, está dirigido al lector «lector piadoso» como lo quiere Cigala. Aclara la razón de publicar la segunda carta luego de enviar una primera a Feijoo, la cual ha quedado sin respuesta y sin destino cierto: para impugnar al ilustrado español en su opinión respecto a la escolástica y preservarla de los avatares de la fortuna. Por la constante referencia al silencio de Feijoo parece que el autor se siente agraviado.

El autor recurre, como es común en la época, a la falsa modestia, defiende su derecho de opinar de aquel que opina de todo; se auto-nombra «obscuro trapichero de la América» frente «al ingenio más famosos de la Europa»; con lo que indica una contraposición personal y geográfica, es decir, la temeridad del anónimo pensador frente al laureado escritor y la validez o no de que América le corrija la plana a Europa.

Cigala aduce razones contra el desprecio que el beneditino hace de todos los sabios aristotélicos y censura el culto que instala de sí mismo y su opinión, para que el lector le preste atención, sea consecuente e imparcial (donde estriba la buena crítica, dice). Promete y presume «debilitar» con sus razones las del fraile.

Anticipando las posibles críticas del lector en cuanto al tiempo, la extensión y el estilo de su carta; justifica lo primero argumentando el retiro en el que vivía y las propias palabras de Feijoo, quien inculca que no hay tiempo dilatado cuando de discutir razones se trata, aunque él mismo defienda las impugnaciones al primer tomo de su *Teatro Crítico* (seguramente se refiere a aquellas escritas por Salvador José Mañer [1676-1751] en su *Anti-Theatro Crítico*, publicado por la Imprenta de Juan Moya, en Madrid, en 1729). Señala que ya no era tiempo de hacerlo ni era propio plantearlo en breve discurso (hay que recordar que Mañer usa la carta para su ataque, como ahora lo hace Cigala). Critica más al beneditino porque cree que quien ha «turbado» una sabiduría de tantos siglos en todo el mundo no puede alegar prescripción de tiempo.

En cuanto a la brevedad de la carta como formato para impugnar, que a Feijoo le parece «poco papel», Cigala argumenta que no es necesario «tragarse todo el mar para saber que es salado» y el español no debe pretender que «nos traguemos» toda la filosofía moderna de su *Teatro Crítico*, por lo menos no sin el consentimiento de ambas partes; además agrega que ya abordó el asunto en la primera y desconocida carta que le envió, dándole «a probar sus amarguras contra los escolásticos».

Para defender su estilo ataca al de Feijoo tachándolo de fantasioso y lleno de imágenes, si bien hermosas, concede, inoperantes para la búsqueda de la verdad. Dice tener un estilo puro, poco cuidado de la bella expresión, pues «no pretende engañar sino convencer al entendimiento». Aún pide al lector que si

encuentra alguna expresión que sea injuriosa la adjudique a la causa, argumento y aparato que la sostiene.

Siguiendo con la falsa modestia se declara incompetente para igualar las «invectivas» con que a su parecer, Feijoo ridiculiza a la filosofía escolástica. Señala cómo la «envilece» con rigor extremo citando la carta doce del tomo segundo de sus *Cartas eruditas y curiosas* de mediados del siglo XVIII. Sin embargo aclara que si antes él mismo ponderó su sabiduría «patente como el sol» y obra, diciendo en la introducción de la primera misiva que enviara a Feijoo, que era el «Apolo del mundo inteligible»; es tiempo pasado y ya era hora de adecuar las opiniones censurando las manchas que, como el sol, su trabajo ideológico tiene.

A pesar de ello, reitera que Feijoo es «un nuevo sol», luz de España y del mundo. Tal vez por su trato familiar con autores extranjeros, aventura, denota el «mal hábito de jactancia», sobre todo cuando se adhiere a la filosofía moderna y desprecia la escolástica. Éste es el único error capital del *Teatro Crítico* y es lo que lo motiva a escribir en su contra, aclara, sobre todo porque implica a la teología, error que el lector debe corregir, termina suplicando.

El contenido de la carta inicia con el título, el nombre del autor y el sobrenombre «Americano». Después de leer la introducción se concluye que existe un motivo más a los ya expuestos por el cual Cigala publica este texto: el autor se encuentra molesto porque Feijoo no le contestó la primera comunicación. Los siguientes antecedentes (más bien quejas) se plantean de entrada al discurso principal:

—No ha tenido respuesta a la carta que le mandó hace seis años.

—Temía que Feijoo desdeñase contestarle. Suaviza con el «aún no es tiempo de desesperar», dado el azar del viaje de ida y vuelta.

—El motivo de la primera carta era mostrarle una reivindicación de la escolástica.

—Se queja de que Feijoo la desprecie (a la carta y otro tanto a él), de su apego y celebración a ideas y personas extranjeras.

—En la primera carta critica la comparación y valoración de la filosofía moderna sobre la escolástica. Ahora, en la segunda y las que puedan seguir, intenta probar la supremacía de ésta.

—El objetivo principal será, dice, demostrar que los experimentos son falaces, falsos los razonamientos y opiniones que al respecto del tema indicado hizo Feijoo, quien, desde su punto de vista, propone a los españoles esa forma de razonar, por simple moda.

Para iniciar su impugnación dice que con emprenderla basta aunque no la concluya o esto lo hagan otros. Pues su única dificultad será la jactancia de los extranjeros («que nos desprecian») y la desidia o «cobarde admiración de algu-

nos españoles», en clara alusión a Feijoo, pues no es la primera ocasión que lo acusa de ello.

Cree que los fondos literarios de la física moderna, con que Feijoo y los extranjeros se burlan de los españoles sólo alcanzan a ser juguetes, motivo de diversión y entretenimiento de escolásticos; así que es cosa fácil y trivial, abatirlos, anularlos o corregirlos. Incluso él, diciendo de sí mismo estar alejado del conocimiento, «sin tiempo para estudiar», desde su trapiche azucarero puede deshacer los sistemas de experimentación moderna y proponer otros mejores, dada su falibilidad. Siendo así un trabajo sencillo su descrédito por parte de los estudiosos de la metafísica aristotélica.

Apenas Cigala ha concedido alguna utilidad a los experimentos de física que estudian la naturaleza, ocupación de los extranjeros, cuando ya indica que nada tienen al lado del desentrañamiento que la escolástica y el ingenio sublime y religioso de los españoles hacen de la misma, pues aquéllos son equivocados e incompletos siempre.

El autor americano reconviene a Feijoo porque encuentre mayor valor en los «autores mecánicos» (léase newtonianos) que en los mejores metafísicos, cuya filosofía, dice ser, un estudio del «sistema de la Gracia y su autor», don divino para edificar a los fieles y confundir a los herejes. Nótese la peligrosa aproximación inquisitiva que Cigala hace para atacar al benedictino.

El crítico de Feijoo exige en seguida que los *novatores* reconozcan la poca exigencia de la filosofía moderna al ingenio; tal como el propio Bacon, su inventor, advirtió mientras reconocía el alto nivel de la antigua, la cual, agrega, los españoles han adelantado y no degenerado. Tampoco es nuevo, ni en Cigala ni en los demás debatientes de Feijoo, el que le achaquen esta identificación con los *novatores*.

Continúa reiterando el importante papel que los españoles han desempeñado para refinar la filosofía, por ser «los maestros de los demás pueblos en materia de reflexionar»¹⁶. Le extraña que Feijoo prefiera a los «mecánicos» cuando él mismo pondera a los escolásticos españoles en el tomo séptimo de su obra. Inmediatamente después de esto, se dice a sí mismo que habrá que dejar de reconvenir al ilustre fraile, quien puede rechazar las acusaciones o estimarse gran filósofo moderno superior a los escolásticos españoles. La ironía resulta directa. No extraña que Feijoo ignorara tales ofensas.

Cigala anuncia el inicio del tema que propone discutir excusándose de hacer más señalamientos directos y pasa «a lo que ha de sanearnos con dolor de V. Ilma.»¹⁷. Pero no ingresa a la cuestión, apenas la anuncia, se enfoca a insistir

¹⁶ *Cartas*, pág. 13.

¹⁷ *Ídem*, pág. 13.

que la física moderna es tan ruda y frágil que cualquier «mediano aristotélico», incluso él, podría innovar o anular sus opiniones. Así, él se compromete a demostrar la improbabilidad de las opiniones que en ese esquema presenta el *Teatro Crítico* y a proponer otras nuevas y mejores, a pesar de la posible risa del autor: «Pero ríase de una vez, y cuanto quiera; pues creo adelantarme después tanto, cuanto ahora me desprecie como a loco, y me capitule de temerario»¹⁸.

Estos tonos emocionales y viscerales regados aquí y allá constituyen un rasgo de estilo del autor y determinan el motivo real del comunicado, más cercano a un arranque de irascibilidad que a una discusión científica.

Por fin inicia la discusión del tema *¿Por qué el aire es más pesado en tiempo de serenidad que de lluvia?* aclarando que se trata de efectuar un «buen lance» sobre una de las paradojas «más celebradas de bellas, sólidas y sutiles» presente en la obra de Feijoo. Referencia que exagera el valor de este mínimo aspecto, precisamente para agrandar su réplica. En realidad debería decir que discutirá el tema porque probablemente es de lo que más sabe.

Para el contenido del asunto cita algunas ideas que Feijoo expresa en el apartado en cuestión y establece seis objetivos a lograr mediante su disertación; cinco dirigidos a criticar y a anular la opinión de Feijoo y Leibnitz (en quien se basa el español a través de la explicación que de él hacen en la Academia Real de Ciencias de París) y uno enfocado a proponer una mejor solución al problema del peso del aire en tiempo seco y húmedo:

* Lo primero: Que de la mayor elevación del Mercurio en tiempo sereno, no se concluye, que el aire sea entonces más pesado: * Lo segundo, que es incierto, que el aire esté cargado de más partículas, o corpúsculos pesados en tiempo de lluvia: * Lo tercero, que [...] sería de fácil solución la Paradoxa en los sistemas corrientes sobre la causa del ascenso de los vapores: * Lo cuarto, que también sería fácil resolverla, en los sistemas, que hay sobre el descenso de los Graves. [...] * Lo quinto: que la solución, que tanto celebra, de Leibnitz, es tan absurda, que no sólo la falsifica la razón; sino la misma experiencia, en que la funda: * Lo sexto, y último, sobre esa misma experiencia, que alucinaba a V. Ilma. Con aquel famosísimo Moderno, levantaré otra novísima solución de la Paradoxa, más verisímil, que todas.¹⁹

También establece la técnica que usará para el desarrollo de los aspectos debatientes que ha indicado: utilizará los propios razonamientos y experimentos del autor del *Teatro Crítico* e instalará sus opiniones.

¹⁸ *Ídem*, pág. 14.

¹⁹ *Ídem*, págs. 18-19.

Cigala encabeza cada disertación con el título predicho en los seis puntos a tratar, se concentra ahora en plantear y corregir los errores técnicos de cada subtema, «habla» directamente a Feijoo, usa preferentemente el tratamiento de «Su o Vuestra Ilustrísima». Ha olvidado a los potenciales lectores porque la carta originalmente estaba pensada sólo para el destinatario en Oviedo, y la presentación y protocolo de la misma han pasado. A pesar del giro temático, la réplica, el reclamo y la censura no disminuyen: «apropiándose» de la razón y de la verdad, Cigala repite aquí y allá sus querellas contra los modernos, las ideas anti escolásticas de moda y Feijoo.

La conclusión, dispuesta como tal en el organigrama de la carta, se titula *Conclusión por la Filosofía Antigua, y contra la Moderna*. Bajo una fórmula irónica que simula la desaparición de Leibnitz a través de Feijoo ante el deseo de Cigala por despedirlo señala de nuevo su protestantismo mientras pide al benedictino comprensión acerca de su ataque contra los «herejes modernos».

Por enésima vez se sorprende de que Feijoo preste oídos a sus errores e intentos de ridiculizar a los escolásticos y españoles por medio de la filosofía moderna. Por lo tanto solicita: «llamarla a juicio, y examinar no sólo sus principios; sino sus consecuencias, para descartar los errores simples, y proscribir los dobles, contra la Teología»²⁰.

Para concluir dice que ya ha hecho cuanto ha podido para desengañar a Feijoo, promete continuar el esfuerzo en cartas siguientes y deja la tarea a «otros» para que hagan lo que deben hacer para desagaviar a los españoles. Remata con lugar, fecha y despedida: «Dios nuestro Señor guarde la vida de V. Ilma. muchos años. Trapiche, y mayo 27 de 1754 años. Rendido Criado, y Discípulo de V. Ilma. Francisco Ignacio Cigala»²¹.

Sin embargo, aunque se despidió, el autor del libro no ha concluido, como se acotó antes, se incluye una postdata y un soneto. En la postdata dedicada «Al Ilustrísimo Autor del *Teatro Crítico Universal*», el autor realiza en principio una auto-reconvención del asunto y la manera con que ha discurrido en su trabajo. Pero no se trata de una disculpa, una censura, una moderación, ni mucho menos una retractación de lo escrito; al contrario, Cigala reclama de nueva cuenta la actitud «servil» de Feijoo y su apego a doctrinas diferentes de aquella que *debería* impulsar, loar, enseñar y publicar. Le dice que de esa manera hubiese obtenido para sí mismo y para España, mayor gloria y respeto.

Luego de la amonestación, Cigala quiere dejar clara la manera en que ha de entenderse su expresión y su postura en la carta, sobre todo en aquellas expre-

²⁰ *Ídem*, pág. 161.

²¹ *Ídem*, pág. 163.

siones que «parezcan» ajenas a la verdad. Realmente realza los logros de los españoles escolásticos, aunque existan otros extranjeros, y reivindica a Santo Tomás como la figura más importante de la teología católica por introducir en la Iglesia la filosofía de Aristóteles; reargumenta la supremacía de la escolástica sobre las ideas modernas, a las que califica de heréticas y ateístas; por último, para reafirmar su opinión, cita al jesuita Luis de Lozada, no sin antes corregir a Feijoo. Acorta una posible despedida con un «Vale». En la última página del texto se encuentra el siguiente soneto:

El Amanuense al Autor:

Con sólida razón, hermosa, aguda,
El Laurel de ambos Orbes emprendiste,
Quando en Teatro menor también supiste.
Vestir de Moda a la verdad desnuda:
Contradic[c]ión parece; más no [h]ay duda,
En que así lo pensaste, y conseguiste.
Y a España (sin Feijoo) CIGALA hiciste
Lisonja en renovar, quanto él le muda.
Moderna gala hallaste, en que esconderla;
Y de modo veniste a demostrarla;
Que quantos tengan ojos puedan verla.
Más ay dolor! que temo, que al palparla,
Quando hasta el Rudo puede conocerla;
No se atreva aun el Docto a Confesarla.

Francisco de Soria.

Como en el caso de las otras dos piezas poéticas incluidas en el libro, este poema cumple con dos objetivos básicos: apoyar al autor y sus ideas plasmadas en la carta y atacar al fraile que dio origen a la polémica. Las referencias directas y sugeridas mediante el lenguaje reconocen el conocimiento del «docto», pero a él lo culpan de soberbia o ceguera intelectual; en tanto «laurean» el trabajo de Cigala, con la comparación entre su pensamiento, capaz de decir grandes cosas en pocas palabras, y la mayor obra de Feijoo. Asimismo, esas participaciones literarias refuerzan el sentido editorial y social del mundo en el cual se emite.

Varias conclusiones derivan de este recorrido descriptivo de la carta de Cigala: es notorio el esfuerzo del cubano para desacreditar un sistema que amenazaba persistentemente la manera oficial de transmitir el conocimiento. En este terreno, la educación de la época se revela como una problemática transitiva

frente al empuje del método racional. Por otro lado, la preparación del autor del texto le exige enfrentar la cuestión, máximo cuando las inserciones modernas se realizan desde el centro mismo de la estructura católica. Para Cigala, Feijoo bien podía parecer no sólo un «novator» o un «extranjerizante», sino hasta un traidor a los más caros preceptos y dogmas católicos, debido a que sostenía y proclamaba lo que debía destruir.

Inmerso en alcanzar el nivel discursivo y fama cultural y religiosa del llamado «Padre maestro», el reclamo se pertrecha en algunas argucias discursivas, como la falsa modestia, la cita de los propios argumentos del otro y la constante alusión a las equivocaciones, por nimias que fueran, de la obra y el pensamiento feijoniano.

De esta manera, se distingue con facilidad que el autor sabe la empresa que ha emprendido y las dificultades que ello implica, pues no es sencillo debatir, censurar y aun corregir a una figura prominente. La capacidad de los americanos para discutir temas importantes, también cuestionada en la época, es una de las tantas líneas de investigación que el análisis de la carta de Cigala ofrece.

El mundo está cambiando ante los ojos de Feijoo y Cigala, uno reacciona según el tiempo, según una manera peculiar de ilustración católica; el otro analiza los acontecimientos desde otra perspectiva, desde la seguridad de un conocimiento y una filosofía ahora vilipendiada, pero siempre parte de su existencia, es un individuo congruente con el ayer y las explicaciones que la tradición ha legado. A pesar de ello, el otro, Feijoo, en España, camina a una modernidad, sujeta a la razón y al catolicismo, con el riesgo de que ambas sean incompatibles y alguna se precipite.